

escuelas y maestros, el silencio documental es tal que obliga a deducciones indirectas, a interpretar los pocos datos indirectos disponibles. El tratamiento de la información se da en dos periodos, uno de los siglos XI al XIII, y otro del siglo XIV al XV. Ello nos permite ver la diferencia de datos para uno y otro periodo, al tiempo que la evolución del funcionamiento escolar en las distintas diócesis castellanas. Hoy por hoy, las hipótesis sobre esta materia siguen abiertas a la espera de hallazgos documentales o de otro tipo que permitan algunas afirmaciones cerradas. Es, pues, una cuestión delicada. Consciente de ello, se mueve con cuidado. A falta de datos concretos, se centra en primer lugar en la figura del maestrescuela y su función en las escuelas catedralicias castellanas, utilizando a este efecto las menciones a maestros (*magistri*) entre los capitulares y a otros elementos que tienen que ver con la práctica de la enseñanza, como la concesión de la *licentia docendi*, el proceso de establecimiento de escuelas de gramática, la evolución en su ubicación, la relación posible de los libros con la enseñanza dada. Con esta base, Susana Guisasa elabora un primer intento serio “de reconstruir lo que pudo ser el curriculum escolar de las escuelas catedralicias castellanas”, en el que destaca la importancia axial de la *gramática* en el programa de estudios. Dato que, por otra parte, nos es bastante conocido ya, pero que la autora confirma con sus nuevos hallazgos y análisis. La tarea no se da por concluida; es de desear que encuentre los medios adecuados para dar cumplimiento a su propósito de seguir ahondando en la búsqueda de datos y en el estudio de los mismos, de modo que nos pueda ofrecer pronto otro estudio similar.

Como hay un capítulo primero introductorio existe también un capítulo último conclusivo. Ambos quedan fuera, como capítulos, del cuerpo propiamente dicho de la obra, pero ambos son necesarios como parte de ella. Las *conclusiones* (pp. 315-328) constituyen una especie de recapitulación de lo expuesto, en la que va pasando ante el lector una panorámica

de los indicadores culturales implicados. Sigue la relación de cuadros y listados que afectan a los temas de los capítulos centrales (pp. 327-328) y la indicación de las fuentes y la bibliografía utilizadas (pp. 329-349).

Como conclusión de esta reseña. Si al inicio de la misma felicitaba a la autora por su ardua y buena labor, ahora me queda felicitar a la dirección de la Biblioteca del Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad, por haber seleccionado esta obra para editarla en su colección. Se ha anotado, sin duda, un tanto de buena calidad científica.

*José María Soto Rábanos*

María Clara Guillén de Iriarte, *Los estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. 1773-1826*, Bogotá 2006, 569 pp. [= Cuadernos para la historia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario]

No es la primera vez que en las páginas de estos Cuadernos se reseña un libro de la colección institucional rosarista que con envidiable tenacidad va evacuando distintos aspectos de la historia del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario desde su fundación en 1653. En esta ocasión se trata de una nueva obra de María Clara Guillén de Iriarte que se ha consagrado como la gran especialista de la historia de esta institución.

Desde 1773 se inició un registro sistemático de los alumnos matriculados, lo cual permite identificar a cada uno de los estudiantes. La publicación ofrece un catálogo curso a curso y ordenados por los distintos estudios que se cursaban (teología, leyes, cánones, medicina y filosofía) de los estudiantes matriculados. También se indican los estudiantes que defendieron ejercicios y los catedráticos responsables de las distintas enseñanzas. Con

estos datos la autora nos ofrece un análisis cuantitativo que permite una mejor comprensión de la importancia de esta institución creada para la educación de los hijos y descendientes de los conquistadores españoles destinados a ocupar los cargos públicos en los gobiernos civil y eclesiástico.

El catálogo está precedido de una serie de estudios sobre los distintos tipos de estudiantes que existían, internos (becados o no) y externos; sobre las becas existentes (las propias del colegio y las de particulares); sobre los requisitos y ceremonias de ingreso; sobre los estudios que cursaban; sobre los exámenes y los catedráticos.

Una conclusión que la autora repite conscientemente es la gratuidad de la enseñanza impartida en el Colegio Mayor para todos los estudiantes; a los que no estaban becados sólo se les cobraba la alimentación y alojamiento, aunque los externos eran muchos más que los internos.

La lectura de estas páginas nos acerca a un mundo complejo, preñado de variantes institucionalizadas. En definitiva, un buen observatorio para contemplar la sociedad de antiguo régimen.

*Manuel Martínez Neira*

Elena Hernández Sandoica, Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Marc Baldó Lacomba, *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La esfera de los libros, 2007, 507 pp.

Que la Universidad fue un espacio privilegiado para la búsqueda de la libertad durante todo el franquismo ya no puede discutirse. Gracias a la publicación de testimonios, repertorios documentales, novelas con contenido autobiográfico, y desde hace menos tiempo,

análisis historiográficos del fenómeno, el movimiento estudiantil contra Franco, su análisis y relato, ha efectuado su particular tránsito desde la memoria a la historiografía.

Contamos desde este mismo año con un título más, firmado por tres historiadores de gran reconocimiento y enorme solvencia en el tratamiento del asunto planteado. Gracias a su trabajo, *Estudiantes contra Franco* recupera con acierto y enorme capacidad de síntesis y de sistematización buena parte de lo que hasta hoy se nos había ofrecido en relación con la protesta estudiantil pero, sobre todo —y ésta es, a mi modo de ver, la gran aportación del libro— plantea una serie de novedades en el tratamiento del tema que le confiere, desde ahora, la profundidad historiográfica apuntada.

El trabajo mantiene una estructura clásica de seguimiento cronológico de la suerte de los estudiantes movilizados contra la dictadura: desde la larga posguerra, pasando por los inicios de la movilización universitaria contra el dictador en la década de los cincuenta, los primeros años sesenta, en los que el anti-franquismo se consolida en la Universidad, la radicalización del movimiento estudiantil desde 1965 y hasta 1973 y el seguimiento pormenorizado del mismo en los dos años finales de la dictadura, 1974 y 1975. Aquí, podemos detectar sin esfuerzo, ya, la primera de las novedades a las que aludíamos: la extraordinaria atención que los autores prestan a la década de los setenta, seguramente la peor conocida, que se integra ahora como una etapa más y diferenciada, al tiempo, en el análisis historiográfico empleado. Volveremos sobre ello.

Preocupados por la conceptualización certera del fenómeno de la movilización estudiantil, los autores observan el proceso seguido por los estudiantes y su protesta a lo largo del franquismo —y con él como marco estricto de acción—, como aquel que define su naturaleza como *identidad colectiva*, capaz de detectar por sí misma su relación con la universidad y desde ahí con el régimen político